

Las manos del
señor

Hernando Losada
(4)

AMANECE

Cultural

33

Los granos
de la voz

(3)

Segunda época

Querétaro, Qro.

Agosto de 1994

Semanario 219



Agosto

Como la novela de Fonseca. Otra vez Fonseca. Rubem Fonseca, el escritor brasileño de *El cobrador* y *Feliz año nuevo*.

Un día de agosto de 1954 Getulio Vargas, presidente de Brasil, se suicidó y cuarenta años después Fonseca cronicó la descomposición social del poder en Brasil: *Agosto* (Cal y Arena, 1993).

De otra manera, en México, las elecciones del 21 de agosto son sin duda las más importantes desde 1952, con el henriquismo en la oposición, y 1929 con José Vasconcelos. En 1994 la oposición toca nuevamente a la puerta. Tan-tan, ¿quién es? No es el diablo, es el otro. Y el régimen no abre ni puede cerrar la puerta. ¿Qué va a suceder, qué está sucediendo?

Pero antes tenemos la Convención Nacional Democrática propuesta por el EZLN. ¿Qué va a pasar, qué está pasando? Cuando aparezca este suplemento la Convención zapatista ya habrá sucedido. ¿Qué cabe esperar de ella? ¿Cuáles serán sus consecuencias a corto y mediano plazo? ¿Podrán conciliarse los valores revolucionarios y los democráticos?

Agosto es un mes caliente y quedará en la memoria histórica de la ciudadanía como ha quedado el mes de enero. ¿Qué queda, resiste y permanece y qué se resquebraja para siempre? Como escritores y periodistas nos toca levantar acta y registrar el tiempo que fluye.

J.F.

JULIETA:

Debo, antes que nada, reconocer y dejar muy en claro que, independientemente de que tengas o no razón en las críticas que me haces (*Amanecer Cultural* 32, p. 7), valoro el hecho de que las des al público y me permitas así enterarme y responderte. Lo considero un acto ejemplar. Es una lástima que otras personas, más directamente implicadas en la discusión que quise provocar, no hayan asumido tu actitud, y también lo es el que la mayoría de los estudiantes de la maestría nos hayan juzgado a los profesores críticos de la Facultad y hayan tomado una postura hostil a nuestra lucha sin darnos la oportunidad de defendernos de las ideas equivocadas que se hicieron de la misma, y peor todavía, de los chismes y los rumores que algunos se encargaron de construir.

Fueron meses difíciles y poco propicios al entendimiento. Nosotros nos esforzábamos por mejorar el futuro de nuestra Facultad robándole horas a nuestros compromisos laborales externos, resistíamos la avalancha de nuevas circunstancias, improvisábamos. Nuestros rivales no estaban dispuestos al diálogo. A ustedes no se les podía acercar sin que se pusieran en guardia frente a nuestras perversas intenciones de manipulación.

Tu carta habría sido muy oportuna entonces. Desgraciadamente *El Correo del Bajío* quebró cuando estaba por salir (véase *El Nuevo Amanecer* Núm. 203, pág. 12). La crisis se desató, se cerró la vía democrática (vean ahora mi *Crónica de una reelección anunciada* en la página 7 del Núm. 206 de nuestro semanario) y por ende la de la discusión abierta. Representantes y autoridades se fueron a negociar y los universitarios simples, los de a pie como diría Julio, nos quedamos desarmados y a la espera. En fin. Se resolvió ya el conflicto y tenemos un nuevo director que, debo reconocerlo, comienza con actitudes que, aunque aún no conquisten del todo ni mi adhesión ni mi confianza, hacen pensar en que está dispuesto a la apertura y al trabajo en común. Es hora pues de reanudar el debate y eso vuelve, Julieta, a hacer muy oportuna tu carta. Veámosla pues.

La primera observación que me haces me parece muy atinada. Si la Facultad de Filosofía se halla mal cimentada, tienes razón, la responsabilidad no es de los políticos solamente. También lo es, y quizás lo sea en primer lugar, de los académicos que se prestaron a participar en la movida. "¿Por qué aceptaron ellos -preguntas-, los filósofos experimentados en la crítica y el análisis, ser parte en tal hecho? ¿Por qué no hablaron? ¿Qué los hizo callar? ¿Qué tienen que decirnos ahora?" No son para mí estas preguntas. Aunque en algunos casos ya las he formulado personalmente y en alguno he recibido alguna respuesta, permíteme dirigir las desde aquí y contigo a los interesados, y ofrecerles este medio para que nos respondan. Al menos Gonzalo Guajardo

y Bernardo Romero no se negarán a hacerlo.

Cuando dices que todo esto quizá ya no importe, pues la Facultad de Filosofía ya está ahí y ya es un hecho, no puedo estar de acuerdo contigo. La Facultad de Filosofía de la UAQ es todavía más una posibilidad que un hecho consumado y, si se quiere ser de veras, primero tiene que corregir los falsos rumbos que le dan esas fallas de origen que yo he denunciado. Tiene que re-formarse, según reclaman ya las conclusiones del *V Diálogo filosófico* (cfr. la pág. 5 del Núm. 182 de nuestro semanario).

Arremetes luego duramente en mi contra, porque te sentiste aludida en mi crítica a los empleados universitarios que hacen maestrías, fortaleciendo con ello sin darte cuenta mi postura. Permíteme ser contigo todo lo franco que tú te muestras en tu carta. En ella, Julieta, tú que te encuentras muy próxima a obtener el grado de maestra en filosofía, procedes con una impresión lógica que no se le puede perdonar a un estudiante de segundo semestre de licenciatura. Porque dije que "yo creo más en los jóvenes con vocación que en los empleados universitarios que hacen una maestría cualquiera para acumular puntos y escalar puestos", me reclamaste el "dejar entrever que todos los empleados universitarios que hacen una maestría, cualquiera, lo hacen para acumular puntos y escalar puestos". Ignoro por qué sentiste que te venía el saco pero yo no lo hice a la medida de todos. Nunca dije que para todo X tal que X fuese un empleado universitario estudiando una maestría el móvil fuese acumular puntos y escalar puestos.

Cuando te refieress a mí como a un filósofo "profesional", ignoro si las comillas las heredas de mi artículo, donde las usé para hacer notar que referido a la filosofía no tiene el mismo sentido que en la mayoría de los casos, o si las pones con la intención de cuestionar mi competencia. En tal caso, ¿con qué autoridad académica o con qué base argumentativa lo haces? Mucho me temo que el ilegítimo término de "maestría" (dominio, destreza según el diccionario) que se le da a los estudios que cursas vaya muy de la mano con errores de perspectiva como éste y, si en el artículo al que reaccionas me refería específicamente a la maestría con la que se fundó nuestra Facultad y no a la que cursas, ahora, y no es la primera vez que lo hago en público, aprovecho la ocasión para cuestionar también a la última. ¿Por qué la llaman, por qué la consideran una maestría? ¿Por qué Julieta Rentería o Pito Pérez se inscriben a ella, presentan exámenes y esperan un título de maestría en una disciplina respecto de la cual, si bien les va, a duras penas saldrán de ahí siendo principiantes? Respóndeme tú y respóndanme los implicados para que no tenga yo que convertirme en intérprete de las intencionalidades de los demás.

**Afectuosamente:
Juan Carlos Moreno Romo**



Celeste

ERES Celeste
y tus manecitas
me aprietan, me saludan,
me delatan, me liberan.

Sos como la menta,
como las golosinas de menta:
pequeñita y de un azul transparente.

Sois como los malvones que florecen todo el año.
como la gardenia que perfuma el verano,
como los girasoles de Van Gogh y de tu tío,
como los higos dulces del abuelo.

Caminas de puntitas,
despacito,
entre nubes y algodones dulces,
entre vapores violetas y suspiros.

Balbuceas, inventas y recreas
no sé qué nuevos signos.
Los cargas de significado,
los envuelves en celofán amarillo,
los sujetas con listones de espuma,
rís
y me los regalas.

Yo abro el paquete
con calma, con prisa,
con palabras, con llanto.

Me dices bajito, al oído,
que eres Celeste
y te digo que lo he sabido siempre.

**Alejandra Sánchez Valencia
Enero 9, 1987**



Echate la otra, Orozco, 1935

Los granos de la voz

Roland Barthes

GOLPE a golpe, escribo.

Busco una escritura que no paralice a la otra. Una escritura que no sea confanzuda ni paralizante. Una escritura que movilice.

La suspensión profunda del juicio, antes de...

El campo de la escritura es el campo de la libertad y el deseo.

Un hombre sin deseo se marchita.

Sólo se puede vivir haciendo trampa.

Un día apaciblemente sentado. Llego el verano. Y crece el verdor del alma.

Como dice el proverbio chino: "El lugar más oscuro está siempre bajo la lámpara".

Ah, el centro es infinitamente desplazable.

¿Accidentes controlados? Sí, hay accidentes utilizables.

Es un discurso novelesco, más que un discurso intelectual. Y es por eso que a veces acepta ser un poco tonto.

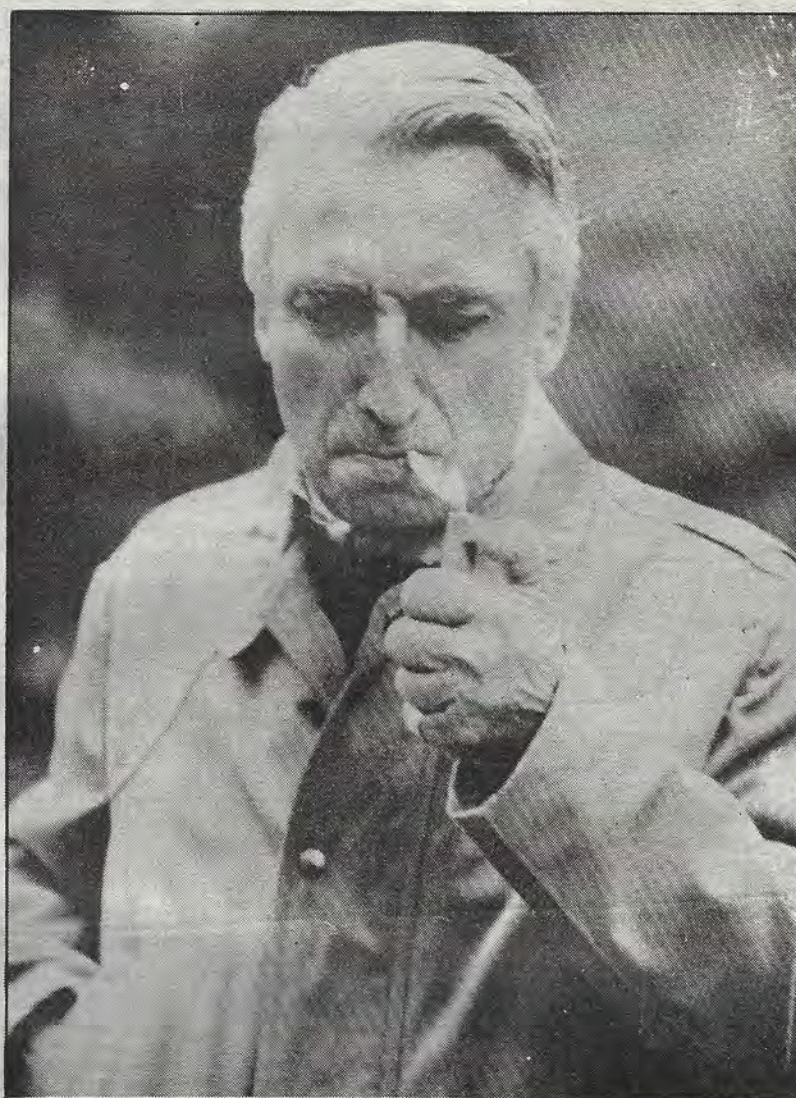
Es que el trabajo es aburrido, no hay que negarlo jamás.

Lo novelesco es un modo de discurso que no está estructurado de acuerdo con una historia; es un modo de notación, de inversión, de interés por lo real cotidiano, por las personas, por todo lo que pasa en la vida. Transformar ese novelesco en novela me parece muy difícil, porque no me imagino elaborando un objeto narrativo donde habría una historia, es decir, para mí esencialmente copretéritos y pasados indefinidos y personajes psicológicamente más o menos contruidos. Es lo que no lograría hacer y por eso la novela me parece imposible. Pero al mismo tiempo, tengo un gran deseo de llevar a mi trabajo la experiencia novelesca, la enunciación novelesca. Me considero, no como un crítico, sino como un novelista, pero no de la novela sino de lo novelesco. Me gusta lo novelesco.

Lo que me gusta no es el trabajo de erudición. No me gustan las bibliotecas. Leo muy incómodo allí. Me gusta la excitación provocada por el contacto inmediato y fenomenológico con el texto tutor. No busco pues constituir una biblioteca previa. Me conformo con leer el texto en cuestión, y eso de manera bastante fetichista: anotando ciertos pasajes, ciertos momentos, incluso ciertas palabras que tienen el poder de exaltarme. Al mismo tiempo, inscribo en mis fichas ya sea citas, ya sea ideas que se me ocurren y esto, curiosamente, ya lo hago con un ritmo de frase, de manera que desde ese momento, las cosas toman ya una existencia de escritura. Todo lo que leeré, lo relacionaré inevitablemente con mi trabajo. La cama es el mueble de la irresponsabilidad, la mesa, el de la responsabilidad. Finalmente cada libro exige la búsqueda de una forma apropiada.

Las dos operaciones de escritura que me proporcionan el placer más agudo son comenzar y acabar. Por eso adopté la escritura discontinua para multiplicarme el placer de empezar y acabar continuamente.

Es probable que no escriba nunca una novela, es decir una



historia dotada de personajes y de tiempo. Pero si acepto tan fácilmente esa renuncia (porque debe ser realmente agradable escribir una novela), es sin duda porque mis escritos están llenos de elementos novelescos (lo novelesco es la novela sin los personajes). Y es verdad que tengo ganas de *ensayar* formas novelescas, de las cuales ninguna tomaría el nombre de novela, aunque sí conservaría, renovándolo si es posible, el de ensayo.

De hecho, generalmente, leo poco. No es una confidencia: salta a la vista en mis textos. Tengo tres maneras de leer, tres tipos de lectura. La primera consiste en *mirar* un libro: recibo un libro, me hablan de él, entonces lo miro; es un tipo de lectura muy importante de la que no se habla jamás. Como Jules Romain, que hacía elucubraciones sobre la visión paraóptica de los ciegos, hablaría voluntariamente para ese tipo de lectura de una información para-acústica, una información vaga y poco rigurosa pero que funciona sin embargo. Mi segunda manera de leer: cuando tengo un trabajo que hacer, un curso, un artículo, un libro, entonces, sí, leo libros, leo del comienzo al fin, tomando notas, pero sólo los leo en función de mi trabajo, *entran* en mi trabajo. La tercera lectura finalmente, es la que hago a la noche cuando vuelvo a mi casa. Entonces leo generalmente clásicos.

No quisiera quitar una ilusión, sobre todo porque no es tal: me gusta leer. Pero no soy un gran lector, soy un lector descarado. Soy un lector descarado en la medida en que calculo rápidamente el alcance de mi placer. Si un libro me aburre, tengo esa especie de valor, o de cobardía, como para abandonarlo. Me libero cada vez más de cualquier superyó con respecto a los libros. A tal punto, que aquellos que tomo son realmente porque me gustan.

Mi régimen de lectura no es en absoluto un régimen de

ingestión regular y pacífica. O bien un libro me aburre y lo abandono, o bien me excita y en todo momento tengo ganas de parar para pensar a partir de allí. Eso se refleja también en la manera de leer con vistas a un trabajo: soy incapaz, si no lo deseo, de resumir un libro, ponerlo en fichas borrándome detrás suyo, pero, por el contrario, muy capaz y lleno de deseo, de aislar ciertas frases, ciertos rasgos del libro, para ingerirlos, bajo la forma de discontinuos. Eso, evidentemente, no es una buena actitud filológica, ya que equivale a deformar el libro en mi propio provecho.

Es verdad que en mi discurso escrito no hay un discurso político propiamente. Es porque no logro ser excitado por la política. Y un discurso que no sea excitado no es escuchado simplemente. Existe un grado decibélico a alcanzar, un umbral a atravesar para ser escuchado. Y a ese umbral no llego. Pero la política no consiste en hablar forzosamente; puede ser también escuchar. Y nos falta tal vez una práctica de la escucha política.

En la izquierda hay personas que reemplazan el análisis difícil por la indignación fácil. No se puede tocar al enemigo, comer con él; hay que permanecer puro. Es parte de las "buenas maneras" de la izquierda.

La revolución es para todo el mundo una imagen agradable y sin embargo es una realidad terrible. Las sociedades en las que la revolución ha triunfado y las llamaría sociedades decepcionantes. Y son decepcionantes porque en ellas el Estado no se ha debilitado y sí la sociedad civil.

Hay una edad en la que se enseña lo que se sabe; pero inmediatamente viene otra en la que se enseña lo que no se sabe: eso se llama *investigar*. Quizás ahora arriba la edad de otra experiencia la de *desaprender*, de dejar trabajar a la recomposición imprevisible que el olvido impone a la sedimentación de los saberes, de las culturas, de las creencias que uno ha atravesado. Esta experiencia creo que tiene un nombre ilustre pasado de moda, que osaré tomar aquí sin complejos, en la encrucijada misma de su etimología: *Sapientia*: ningún poder, un poco de prudente saber y todo el sabor posible. (1977: tres años después, la muerte por accidente)

Cuando viajo, lo que más me interesa son los jirones del arte de vivir que puedo aprehender al pasar.

Traducción de Nora Pasternac, salvo el penúltimo párrafo debido a Oscar Terán

Buzón de la otra banda

¿Accidente o atentado?

Lo sucedido al señor Amado Avendaño no fue sólo un atentado al PRD; fue una agresión al periodismo nacional y a la sociedad civil. Y ahí están sus muertos...

Juan Antonio Camacho

San Juan del Río, Qro.,
agosto de 1994

Página de diario

Saúl Vázquez

UNO de mis hermanos, el más pequeño, pregunta cómo se muere de viejo, si es doloroso, si ya no se respira. Esa pregunta me recuerda al abuelo, ese hombre de mil historias revolucionarias.

Ahora recuerdo la última vez que vi sus ojos abiertos. Se moría lentamente, como si contara una de sus historias. Pero en ese momento, con el cuerpo poblado de llagas, no poseía palabras. El único lenguaje era el de sus ojos. Tomé su mano y en silencio leí en su mirada la última de sus historias, la más triste de todas.

Después, en el velorio, no me atrevía a contemplar su cadáver rodeado de gente extraña. Parientes lejanos, dijo mi madre. Para mí era sólo gente que nunca se detuvo a escucharlo y que repetían, como en una competencia verbal, las oraciones que detesto. Yo no recé. Pensé que toda esa gente quería decirle al abuelo, en una sola noche, todas las palabras que no le dijeron mientras vivía. Yo preferí mirar en los ojos de la noche cada una de sus aventuras.

En el entierro, a pesar de tener muchos hijos, hubo pocas lágrimas. No recuerdo si fui uno de los pocos que lloraron. De lo que sí estoy seguro es que yo quemé el lecho donde su rostro se hizo de piedra.



Foto: Jesús Ontiveros.

Manuel de la Liata
¿Ya? ¡Ya! 1891-1994



Viñetas de
Hernando Losada

Moralla cultural

Las manos sucias pero el culo limpio.

La vida, relámpago... Relámpago la muerte.

Sí, la selección cumplió, Miguel, pero no dio el extra.

Posdata de Marcos, "que guarda los banderines hasta dentro de cuatro años. Yo hubiera metido a Hugo. La culpa no la tiene Miguel; al que hay que reclamarle es a Emilio ('el que paga manda'). Lo de Maradona fue un crimen. A ver cuándo le toca su primero de enero a la FIFA."

—Pinche Marcos, no tendrá nada que hacer.

—¡Tú también, Marcos?!

—Marcos según Canetti: "Una obra tardía hecha de cartas".

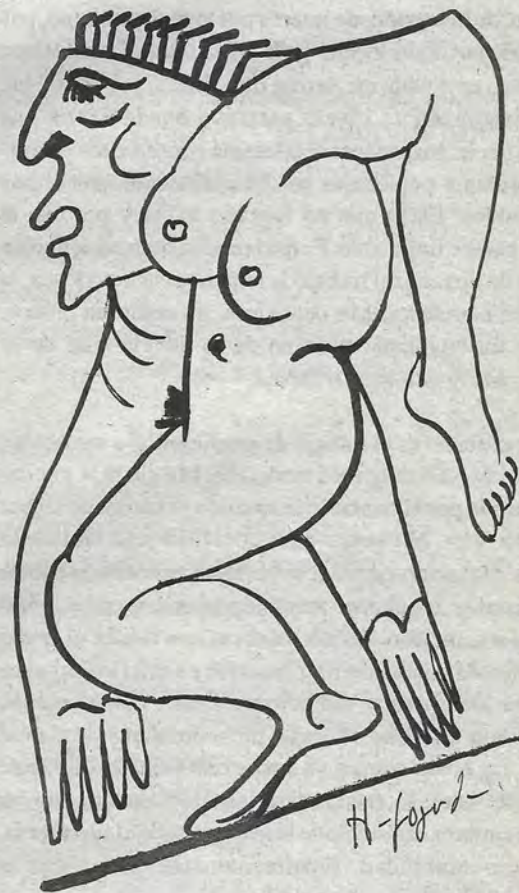
¿Qué es dar el extra? El último tirón. En algún lugar de la Biblia se dice que si uno falla en el último trecho del camino de nada sirve todo el esfuerzo desplegado. Quién sabe si así sea, pero así es.

¿Quiere la revancha Miguel? Ah, entonces sí falló. Si no lo reconoce abiertamente no va a llegar ni a la Copa América, mucho menos al Mundial de Francia. Se acerca el turno de Vucetich.

La vida no es un partido de fútbol, ¿pero es tu vida dura y ajustada, das tú el extra en tu vida diaria o estás echado exigiendo a los demás?

Revoltijo.

La enajenación no acaba. Nomás se transforma. Ahora es la Convención zapatista y las elecciones del 21 de agosto.



Trilla

Amanecer mensual 33

Director General: Efraín Mendoza

Mensajeros: Julio Figueroa y Juan Carlos Moreno Romo

Corrección: Carolina Ramírez Peredo

Ni la casa de la risa ni la casa de los muertos; la casa de la conversación. Esperamos su palabra.

Diseño y Formación: Heriberto Sánchez Parra

Guerrero Norte No. 84
Querétaro, Qro.

Tel. y Fax 14-56-99